

# En busca de una conversación perdida



---

DANIEL GIL<sup>1</sup>

Cuando Miguel Cherro me llamó para invitarme a participar en el homenaje que la Sociedad Uruguaya de Médicos Escritores estaba organizando con motivo del fallecimiento de Edmundo Gómez Mango, mi primera reacción fue decir que no.

¿Cómo escribir sobre alguien que fuera mi amigo por más de sesenta años, con quien, aún de viejos, usábamos nuestros nombres en diminutivo, seguido por «hermano» o «hermanito»?

Luego de unos minutos me di cuenta de que me encontraba preso de una paradoja: por un lado me sentía paralizado y, por otro, no podía estar ausente.

Ante esta disyuntiva, ¿qué hacer? En esos momentos, embargado como estaba por la tristeza, no podía hablar del psicoanalista, ni del filósofo, ni del crítico literario, ni del infatigable luchador por la justicia y la democracia. Solo cabía hablar de mi amigo, de mi hermano, pero para eso «palabras, no puedo», como decía Martí.

Entonces, si yo no podía, siguiendo el consejo de nuestro maestro Segismundo, se me ocurrió pedir prestadas las palabras a Edmundo, y de las innumerables cartas que cruzaron el océano a lo largo de cuarenta y tres años seleccionar alguna que diera cuenta de lo que fue nuestra amistad y permitiera comprender el porqué de mi dificultad para escribir.

Voy a leerles la carta escrita por Edmundo el 24 de marzo de 2017 y a la que di el título, robándoselo a Edmundo, que parafraseaba a Proust, «En busca de la conversación perdida».

1 Miembro de honor de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [danielgilquinteros@gmail.com](mailto:danielgilquinteros@gmail.com)

En ella me decía:

*Danielito, querido hermano:*

*Acabo de darme cuenta de por qué no te he escrito antes: me quedé en Rumbo, conversando contigo, en el atardecer inolvidable, cuando gracias a tu iniciativa, se reencontraron nuestras infancias... ¿Cómo te iba a escribir un mail sin interrumpir la conversación? Pero sí, es posible porque escribiendo sigo estando en ella.*

*Esa conversación fue muy emotiva para mí y siguió susurrándome todo este tiempo... Fue un hecho psíquico extraño, no inquietante. Una extrañeza que solo puede sentirse en el seno de una tan vieja amistad como la nuestra... Es como si la conversación hubiera quedado allí, suspendida en aquel anochecer, esperando que la retomemos alguna vez...*

*Hace ya mucho tiempo había empezado a escribir algo que quedó en fragmento, ya son muchos... Lo había llamado «En busca de una conversación perdida», fue después de uno de mis últimos retornos, antes de este último de febrero. Sin nombrarlos había empezado a conversar con varios amigos: hablábamos de fútbol, del último mundial, de las charlas que tenía con mi padre cuando, de niño, íbamos al Estadio Centenario. (Hoy volví a ver [a Uruguay] en un replay del match de ayer con Brasil)...*

*Creo ahora que encontré la conversación que llamé perdida, es la nuestra, la que tuvimos en Rumbo, en aquel atardecer, con el sol que se iba ocultando detrás del lomo de la Ballena, y con la tan cercana presencia de Elsa, que nos traía bebidas para regar nuestras gargantas...*

*Por acá llegó la primavera, la celebro siempre con estos versos de Don Antonio: «la primavera ha venido, nadie sabe cómo ha sido».*

*Respecto a mí, a pesar de que la nueva coronariografía «inocentó» a mis coronarias, la fatiga persiste, creo que se me ha cansado la vida y que debo acompañarla despacio, disfrutando de lo que aún se puede, entre otras cosas la amistad, los buenos libros, seguir leyendo y de tanto en tanto también escribiendo...*

*Espero que tú y Elsa sigan bien. Me los imagino ya en Montevideo...*

*Querido Danielito, fraternal abrazo, saluda también al Otro, y a la gran familia, besos a Elsa.*

*Edmundo*

Hasta aquí la carta de Edmundo.

Ahora, en la soledad de la mañana, mientras reproduzco esta carta, escucho el aria de la *Suite n.º 3* de Juan Sebastián Bach, y, sin llamarlas, serenamente, caen sobre mis mejillas silenciosas lágrimas. Con ellas siento que Bach me está acompañando, consolándome, llorando conmigo la muerte de mi hermano.

¿Y el resto? «El resto es silencio» y un pertinaz sentimiento de tristeza por haber quedado tan solos.

Adiós y hasta siempre, hermano del alma. ♦

Daniel